

UN «JOVEN DEL 98», EN EL RÍO DE LA PLATA: RAFAEL BARRETT

FRANCISCO CORRAL
Instituto Cervantes de Tetuán

Entre la aportación humana de la cultura española al país más interior de Sudamérica durante el presente siglo, destacan especialmente tres nombres: Rafael Barrett, Viriato Díaz-Pérez y Josefina Plá.

Los dos primeros llegaron al Paraguay en los años iniciales del siglo desde las jóvenes vanguardias madrileñas; la tercera, nacida en las Islas Canarias, sigue allí publicando y produciendo incansablemente a sus más de 80 años.

Ha sido Rafael Barrett un escritor subterráneo. Su vigorosa obra, poco difundida, ha ejercido una callada influencia en la producción intelectual latinoamericana. Roa Bastos, que considera a Barrett un «precursor» y reconoce en él una de sus más importantes referencias literarias e ideológicas, me habla del «pensamiento cautivo de Barrett, sobre el cual parecería que hubiera pesado una consigna de silencio y olvido».

¿Y por qué esa losa sobre la obra de Barrett? En primer lugar por el aislamiento histórico, geográfico y cultural del Paraguay, un país sepultado por la desgracia histórica, escondido entre la espesura

vegetal de su caaguy y las secretas claves de su idioma, convertido en topo de su topos mediterráneo-subterráneo, país al que un periodista español, José Luis Martín Prieto, definía como «una ficción geográfica», y en el que no hace muchos años se declaraba oficialmente que la cultura era una actividad subversiva. Como anécdota reveladora les diré que desde 1910 hasta ahora se han publicado libros de Barrett en Uruguay, en Argentina, en Venezuela, en Costa Rica, en El Salvador, en Bolivia, en Méjico, en España, en Italia, en Suecia, y sin embargo en Paraguay no se había publicado un solo libro suyo (apenas un par de folletitos en vida) hasta la edición de Obras Completas que realizamos en Asunción entre 1988 y 1990, hace poco más de dos años.

Y en segundo lugar, por la propia personalidad de Barrett, lo poco complaciente de sus escritos, el voluntario distanciamiento de los grupos de poder y de promoción recíproca que tanto han pesado siempre para la difusión de una obra o de un autor mediante el control de los resortes editoriales y periodísticos. Es Barrett pues, en este sentido, un escritor «marginal» y ojalá lo siga siendo siempre. En ambas circunstancias: el aislamiento y la integridad personal coincide Josefina Plá. Así como en haber sido ejemplo de una trasferencia viva: un encuentro en toda la regla, encuentro sellado con el peso de la propia existencia que se transfiere al otro país en el día a día del vivir cotidiano, y no en el limitado período de una presencia más o menos turística.

Además, Barrett vive fuera de su tiempo, es un precursor. Es ya un joven de vanguardia en la España finisecular, un extraordinario y lúcido exponente de la crisis de fin de siglo, un hombre que en 1906 conocía ya el pragmatismo de James, la obra de Bergson, admiraba a Anatole France, ¿cómo podría encajar en el Paraguay de principio de siglo donde el coronel de turno daba su golpe de estado proponiendo a los oficiales un programa de gobierno tan atractivo como que «podrían disponer a su antojo de todas las mujeres del país»?

Ya en su juventud madrileña y en su breve período bonaerense, Barrett es prototipo de rebelde, enfrentado a su sociedad, desclasado, desarraigado de su tiempo. Pío Baroja, que le conoció en los agitados

días de su juventud madrileña, da en el clavo con su característica penetración psicológica cuando lo retrata así: «Barrett debía ser un hombre desequilibrado, con anhelos de claridad y de justicia. Tipos así dejan por donde pasan un rastro de enemistad y de cólera. A la gente le gusta la mentira».

Muerto en plena juventud, a los 34 años, escribe toda su densa y vigorosa obra en apenas 4 años de actividad regular; y ello en medio de enfermedad, pobreza, persecuciones, cárcel y destierro.

Forzado por la limitación de tiempo y espacio a elegir un par de temas de entre la multitud de aspectos interesantísimos presentes en la obra y en la biografía de Barrett, he optado por centrarme en aquellos puntos que más se relacionan con el lema de este congreso. Y comenzaré constatando el punto de referencia: la pertenencia de Rafael Barrett a la «juventud del 98», aclarando previamente que por «juventud del 98» me refiero a un espectro muy amplio, dinámico e inestable integrado por todo aquel fermento de jóvenes grupos de vanguardia que con su actitud de protesta intelectual dieron un tono propio a la España de fin de siglo, y de entre los cuales surgió la más tarde llamada «Generación del 98».

Consta que Barrett fue en Madrid muy amigo de Valle-Inclán, de Manuel Bueno, de Maeztu, de Ricardo Fuentes, conocido también de Pío Baroja. Apenas cumplidos los 20 años, escribe ya en revistas madrileñas de fin de siglo. La temática típicamente noventaiochista está presente en los primeros escritos americanos de Barrett y su perfil biográfico e ideológico responde con asombrosa precisión al autorretrato de su generación que ofrece Baroja en el conocido artículo «La Generación de 1870» (luego llamada del 98) e igualmente a las descripciones de Pompeyo Gener y de Nicolás Salmerón.

El problema de España, las dos Españas, la España enferma, el proceso de Montjuich, la polémica sobre la fiesta taurina, el caso Dreyfus, los casos Ferrer, Nakens y Morral, la cultura francesa como referencia del momento, el rol del «intelectual», la figura del Quijote,

son temas que aparecen en Barrett con la misma intensidad y el mismo tratamiento que en cualquier joven noventaiochista.

Rafael Barrett es un noventaiochista descarrilado que a partir del año 1903 comienza su particular camino de Damasco: enfrentado con la «buena sociedad» a la que pertenecía, abandona el viejo mundo, rompe con su vida anterior, y viaja a América a la búsqueda del hombre nuevo en que acabará convirtiéndose.

La agresividad intelectual característica de las vanguardias españolas y europeas de fin de siglo experimenta en la obra de Barrett un fructífero injerto en contacto con la vitalidad del continente americano, lo que da lugar a una evolución divergente con respecto a los hombres de su grupo generacional.

Pero a todo el mundo le acompaña su sombra y todo encuentro tiene su inevitable faceta de desencuentro. Y la presencia de Barrett en Paraguay, país donde recalca definitivamente, es un capítulo más en la historia de su choque frontal contra el tiempo que le tocó vivir.

El ambiente intelectual que Barrett encuentra a su llegada al Paraguay aparece fuertemente definido por la presencia de la llamada «Generación del 900». Se trata de un brillante grupo de intelectuales que acometen por aquellos años la renovación cultural del país apenas superado el desastre de la Guerra Grande.

Barrett llega al Paraguay identificado plenamente con el espíritu de la Revolución liberal de 1904, a la que se une en el campamento de Villeta como corresponsal del diario argentino *El Tiempo*, y desde aquellos días se relaciona muy estrechamente con los grupos intelectuales del 900 paraguayo, relación que en muchos casos se mantendrá en lo personal a pesar de los enfrentamientos ideológicos (por ejemplo con Manuel Gondra).

Pero el desengaño ante el proceder efectivo del primer gobierno revolucionario (que según Francisco Gaona «era un gobierno de derechas integrado por el sector llamado de los cívicos que escamoteó el programa de la Revolución de 1904»¹), y el impacto que recibe del contacto directo con la situación social del campo, son los factores

fundamentales para su radicalización ideológica, lo que a la larga produce el choque con el grupo generacional del 900.

En cualquier caso, la limitada receptividad que el pensamiento de Barrett obtiene en el Paraguay de su tiempo (de lo que le compensa el extraordinario éxito de sus escritos en Montevideo) es un aspecto más de su carácter «precursor», puesto que «debían pasar los años para que fructificara la semilla barretiana»².

El novecentismo argentino «corresponde a una etapa relacionada literariamente con el postmodernismo», y se define «contra el positivismo todavía imperante en las cátedras»³. En el Uruguay, los hombres más destacados del novecientos, como José Enrique Rodó, Vaz Ferreira, etc., han recibido ya una fuerte influencia del vitalismo bergsonian⁴ y muestran «claras diferencias (simbolismo, teatro social, antipositivismo, literatura estética), que en el Paraguay se darían veinte años después»⁵, ya que el novecentismo paraguayo se articula en términos generales desde presupuestos filosóficos positivistas.

Si consideramos que el pensamiento de Barrett se sitúa en la reacción antipositivista característica del movimiento modernista, resulta comprensible tanto el desentendimiento con los intelectuales locales (y, en cambio, la muy buena e inmediata acogida de su obra en Montevideo) como el carácter precursor y avanzado de su pensamiento en Paraguay.

BARRETT Y LA HISTORIA PARAGUAYA

El interés por la historia (y más específicamente por la historiografía local), tema capital para la Generación del 900, no tiene apenas cabida en el pensamiento de Barrett que conceptúa negativamente todo el pasado de la humanidad en su conjunto. Por otra parte, Barrett es consciente de que la Generación del 900, al ocuparse de la historia, lo hace con unos objetivos político-patrióticos muy definidos: fabricar mitos, erigir

héroes, acreditar próceres; en suma, elaborar para consumo interno los tópicos que pudieran crear un sentido de la colectividad nacional. Y así lo expresa al afirmar, comentando un libro de Cecilio Báez, que «la historia, en el libro del doctor Báez, es un vehículo de la política»⁶.

Las escasas veces que Barrett presta atención a la historia paraguaya, lo hace como referencia a las sucesivas opresiones que ha vivido ese pueblo y que perviven, como una señal marcada a fuego, en la conciencia colectiva. Por eso, a los paraguayos «no se les borra el tradicional respeto al padre jesuita, luego al delegado del dictador, luego al sargento del mariscal, ahora al patrón y al jefe político, siempre al tirano o tiranuelo»⁷, enumeración que sigue fielmente el hilo de la historia paraguaya: colonia española, dictador Francia, Carlos Antonio y Francisco Solano López, y los gobiernos liberales.

Dentro de esa negativa visión de conjunto, merece especial atención la figura del Mariscal López, el conductor de la Guerra Grande, muerto con los últimos restos de su ejército el 1 de marzo de 1870, tras cinco años de sangrienta lucha. La polémica sobre la figura histórica del Mariscal López fue una cuestión esencial para la Generación del 900. Y es un hecho palpable que la valoración del Mariscal sigue en la actualidad significando una especie de alternativa ineludible en las actitudes políticas de los paraguayos (que hoy día, a más de un siglo de la Guerra, siguen siendo «lopistas» y «antilopistas»), lo que Barrett ya observó con precisión:

...el affaire López continúa y continuará siendo la encrucijada en que se encuentran, vibran y chocan las opiniones fundamentales en el Paraguay; el foco donde se juntan y comparan los diversos tintes de la controversia pública, iluminándose unos a otros; el punto de partida para rumbos políticos y hasta psicológicos. (...) López es el tópico nacional⁸.

Los primeros escritos de Barrett comparten la clásica valoración liberal acerca de la Guerra Grande y del Mariscal López: una mente enferma de poder y de prepotencia que sumió a su pueblo en la barbarie e hizo necesaria una acción liberadora por parte de los países

vecinos. Así habla Barrett de la «apoplejía de ferocidad heredada de Francia y de los López»⁹.

No variará Barrett su concepto acerca de López, pero sí modificará su valoración de la guerra y de la población paraguaya que fue masacrada en ella. Y en ese punto se distancia ya sustancialmente de la interpretación liberal.

A mediados de 1907 califica aquella contienda como «la guerra más despiadada de la historia, la guerra parricida y exterminadora, la guerra que acabó con los machos de una raza y arrastró a las hembras descalzas por los caminos que abrían los caballos»¹⁰, y afirma que «la guerra no solamente asoló y ensangrentó el país, sino que lo degeneró por mucho tiempo»¹¹, manifestando una clara admiración hacia «aquella hermosa raza resplandeciente todavía en las nobles figuras de los viejos que sobreviven»¹².

Barrett repudia la versión generalizada que «es, hasta en el mismo Paraguay, que los aliados vinieron a civilizarlo, a sacarlo de la tiranía.»¹³. Y ese repudio es paralelo al cambio diametral en sus conceptos sobre Bartolomé Mitre, el «triunfador» de la Guerra Grande. Barrett considera que «en la Argentina no se debía recordar la guerra del Paraguay sino con sonrojo y remordimiento. Esta guerra de exterminio ha sido una gran vergüenza»¹⁴.

Otro tema capital en la historia paraguaya es el de las Reducciones Jesuíticas, punto también de discordia y de controversias hasta el presente. Barrett no deja lugar a dudas de su opinión sobre «las odiosas reducciones jesuíticas del Paraguay»¹⁵, y de las misiones cristianas en general que son una prueba de «la torpe intransigencia de nuestro dogma»¹⁶.

LA CUESTIÓN SOCIAL

La cuestión social, en cambio, no interesaba a los hombres del 900 que «se hallaban ocupados en difundir una cultura de alto nivel en una utópica puesta al día con la de Europa; varios de ellos preocupados

sobre todo por los problemas de la historiografía relacionados con la Guerra del 70»¹⁷. Inclusive la misma existencia de la cuestión social «era negada por los líderes de la Revolución de 1904, y de manera especial por uno de ellos, el Dr. Cecilio Báez»¹⁸. Para Barrett, en cambio, la cuestión social será una preocupación esencial en toda su obra.

El distanciamiento con respecto a los hombres del 900 había comenzado mucho antes de la inclinación concreta de Barrett hacia el anarquismo. La clave está en que la obra de Barrett representa «la concepción de un realismo crítico que venía a sustituir el de la vieja e inoperante tradición de un realismo ingenuo y de superficie. (...) Barrett mostró cómo era posible producir textos de valores intrínsecos y autónomos, que no se proponían la simple transcripción de la realidad sino la demostración de la realidad invisible en la virtualidad de sus múltiples significaciones»¹⁹. A su alrededor, mientras tanto, el grupo novecentista permanece «extasiado en la autocontemplación conservadurista»²⁰.

Es a principios de 1907, y tras varios viajes por el país, cuando Barrett comienza a anotar observaciones en las que el mero testimonio de los hechos implica una toma de postura bien definida: «En mi corto viaje por el interior de la República he observado cuan familiares son a las gentes los apaleamientos policíacos»²¹.

Para abocar a la explosión de denuncia social contenida en «Lo que son los yerbales paraguayos», serie de artículos publicados en junio de 1908. En ellos, Barrett es ya protagonista en primera persona de sus escritos, es el luchador combativo que pone todo su empeño personal y toda su fuerza intelectual y moral en la denuncia, sin eludir el ataque directo a los responsables de la opresión social y económica a que son sometidos los mensús semi-esclavos de los yerbales.

¡Pluma mía, no tiembles, clávate hasta el mango! Pero los miserables que ejecuto no tienen sangre en las venas, sino pus, y el cirujano se llena de inmundicia. (...) Yo acuso de expoliadores, atormentadores de esclavos, y homicidas a los administradores de la Industrial Paraguaya y de las demás empresas yerbateras. Yo maldigo su dinero manchado en sangre»²².

Al hilo del avance en su postura crítica, Barrett fue encontrando el rechazo progresivo de los grupos de mayor peso entre la intelectualidad local, tanto más cuando se trata de una generación que hace cultura con finalidad directamente política. De hecho, en muchos casos se convierten en cómplices de la situación ocupando altos puestos públicos. Barrett tampoco calla esa circunstancia:

Triste es para la estudiosa juventud contemplar al maestro, al censor, a Manuel Gondra, solidario de los que pisotean la constitución, amordazan la prensa, abren las cartas privadas, encarcelan a quienes se les antoja, torturan a los procesados y matan a palos a los sargentos²³.

Cuando Barrett regresa al Paraguay, tras su apresamiento y expulsión del país en octubre de 1908, no renuncia a su decidida acción de denuncia. Por el contrario, sus textos se vuelven tal vez más duros, más agudos y más valientes en la defensa de las clases explotadas. Así, lamenta la situación del país, del que dice que «una casta política, aliada con exportadores usureros, le chupa la sangre desde 1870 hasta hoy»²⁴, en lo que evidencia una valoración en cierta medida positiva de la época anterior, la de Francia y los López, confirmando la evolución de su pensamiento en este punto. Se duele del sometimiento y la opresión en que vive el pueblo: «¡Pobres paraguayos, desvalijados por abogados y procuradores, apaleados por los jefes políticos, arreados a patadas al cuartel!»²⁵. Y siente la falta del peso de una opinión pública que pusiera freno a tantos abusos: «Ni siquiera tenemos la influencia reguladora de la opinión. No hay opinión. Hay un puñado de hombres encaramados al presupuesto, y otro puñado gateando. En torno, el amargo silencio de una población desengañada»²⁶.

Denuncia Barrett tanto circunstancias endémicas de la sociedad paraguaya, (por ejemplo, la desnutrición y falta de atención médica a los niños, con la consecuencia de un altísimo índice de mortalidad infantil²⁷), como hechos puntuales de abusos o injusticias. Un caso de este segundo tipo es el artículo «Asesinos cristianos»²⁸, en el

que hace referencia a la masacre de más de veinte indios a manos del ejército en respuesta a la apropiación de una vaca ajena por parte del grupo indígena.

Su crítica alcanza no sólo a los responsables políticos, sino también a la clase culta que ante las injusticias guarda silencio, asiente, o incluso justifica y colabora.

En la mayor parte de los países sudamericanos, presa de banqueros piratas y de ganaderos feroces, la clase criminal es la clase instruida: los doctorcillos, los eternos escribas que maldijo Jesús²⁹.

Esa clase culta se siente afectada en su condición social y en su prestigio por las críticas de Barrett. Y reacciona contra él como defensora a sus intereses de grupo.

El más virulento enfrentamiento se produce con Manuel Domínguez como consecuencia de la publicación del artículo de Barrett «Lo que he visto»³⁰ en el que denuncia con íntimo dolor las miserables condiciones de vida de la población campesina víctima de una situación económica en la que, según Roa, «las prerrogativas y franquicias ilimitadas del capital foráneo continuaban siendo explotadoras y depredadoras»³¹. Domínguez replica a las denuncias de Barrett con el artículo «Lo que Barrett no ha visto», en el que le acusa de juzgar la realidad a través de su óptica pesimista y enferma. La respuesta de Barrett llega cargada de una aplastante contundencia ética:

Mientras el dolor no os abrase las entrañas, mientras un día de hambre y abandono —siquiera un día— no os haya devuelto a la vasta humanidad, no la comprenderéis. (...) Callaos, pues, única manera de que no mintais³².

El enfrentamiento con los grupos de poder político y social, le acarrea a Barrett un cierto aislamiento al no encontrar un núcleo suficientemente amplio de población que pudiera suplir el rechazo de sus interlocutores naturales. Así lo siente cuando afirma que «la costumbre de pensar a todas horas tiene algo de vicio bochornoso ante el común de las gentes, y me ha convertido en un ser inútil, a veces noci-

vo, odiado, despreciado»³³, evidenciando que sitúa la causa de ese rechazo en su función asumida de intelectual crítico. Y Barrett se va acercando cada vez más a los reducidos grupos sindicales entre los que encuentra el mayor sentido proyectivo a su pensamiento, e igualmente a la juventud como opción de futuro y como posibilidad única de superar los males que ya considera irremediables en el presente.

En el Paraguay de principios de siglo existían grupos obreros anarquistas, no de mucha fuerza ni muy organizados, pero que en aquel momento formaban prácticamente el único núcleo existente. De manera que cuando Barrett se acerca al movimiento obrero, encuentra allí la primacía de ideas anarquistas con las que su pensamiento es perfectamente compatible.

Por aquellos años, el anarcosindicalismo estaba ya bien implantado tanto en Argentina como en Paraguay. Formando parte de la nutrida emigración europea de fin de siglo, llegan al Río de la Plata destacados activistas del anarquismo, principalmente italianos y españoles. Malatesta vivió en Argentina entre 1885 y 1889³⁴. Y consta que Pietro Gori viajó en 1901 por Argentina³⁵ y por Paraguay³⁶. Como consecuencia de la represión que sufren en España sus organizaciones, algunos importantes anarquistas españoles emigran también a Argentina hacia el final de siglo; es el caso de Indalecio Cuadrado y A. Pellicer³⁷.

Ya en 1892 existe el precedente del «Manifiesto anarquista» publicado en el periódico *La Democracia*, y firmado por el «Grupo de los Hijos del Chaco»³⁸. Pero es en 1906, con la fundación el día 1 de mayo de la Federación Obrera Regional Paraguaya (FORP) y de su órgano de prensa, *El Despertar*, cuando el sindicalismo anarquista toma la cabeza del movimiento obrero paraguayo, y la conservará durante décadas, a pesar de la dura represión desencadenada tras el golpe de Jara en 1908.

Es un dato a ser tenido en cuenta el hecho de que entre los más destacados militantes del anarquismo paraguayo de principio de siglo aparezcan varios españoles. Francisco José Serrano (que figura entre los fundadores de la FORP y de *El Despertar*), Miguel A. Vila (autor

del libro *La ley social en la Argentina*, que Barrett prologa), José Cazulo, Rafael Tenajo, Pablo Maeztu, Severo Movia, José Caballé, Santiago Apleyard, José Paler, y otros. La circunstancia no es anecdótica, ya que Barrett mantiene siempre una estrecha relación con el grupo de residentes españoles, que parece constituir su ámbito natural de relación humana tanto durante su residencia en Argentina como en Paraguay. En Asunción se le evoca asistiendo con asiduidad a las habituales reuniones del Centro Español e interpretando el piano, fue elegido Secretario de ese Centro, y su propia esposa era hija de español. Es lógico, por tanto, pensar que su acercamiento al movimiento obrero anarquista fuera también facilitado por el hecho de ser españoles muchos de sus integrantes.

En definitiva, Barrett, sin desconocer sus diferencias personales, va aproximándose al sindicalismo anarquista en una trayectoria paralela a su enfrentamiento, rechazo y alejamiento de la alta intelectualidad local.

Aun reconociéndose distinto por su origen y formación, Barrett encuentra en los obreros el objetivo de su acción y los destinatarios de su pensamiento. Por eso, dirigiéndose a los «graves doctores» de la élite intelectual, dice: «Pero no escribo para vosotros, sino para aquellos de mis dolientes hermanos que han aprendido a leer»³⁹.

Las organizaciones obreras, por su parte, valoran y reconocen la importancia de la labor de Barrett en defensa de sus derechos y en la denuncia de las injustas situaciones sociales que soportan los trabajadores y campesinos. El testimonio de Viriato Díaz-Pérez es particularmente preciso y expresivo, cuando afirma que los últimos años de la vida de Barrett transcurrieron «entre los aplausos de sus amigos, los humildes, y las punzadas de sus enemigos, los poderosos»⁴⁰.

Así, el 12 de agosto de 1912, a menos de dos años de la muerte de Barrett, un núcleo de obreros funda el Centro de Estudios Sociales «Rafael Barrett». Se trataba de un Centro «de cultura social obrera, llamado a gravitar en el proceso posterior del desarrollo y ampliación de las ideas sociales en el Paraguay» que como «expresión de la

alianza de los trabajadores con los intelectuales, fue de orientación marcadamente anticlerical y laica; puede ser considerado, pues, como el primer fruto de las enseñanzas del maestro. La actividad desarrollada por el centro influyó poderosamente en el espíritu público y juvenil de la época»⁴¹.

En el campo específico de la acción social, por tanto, la vida de Rafael Barrett en el Paraguay de su tiempo se nos ofrece como un fructífero desencuentro cuyos gérmenes madurarían en el futuro. De igual manera, en el campo literario la obra de Barrett supone el eficaz precedente de un realismo crítico en el que denuncia social y vanguardismo literario se conjugan y enriquecen.

NOTAS

- 1 GAONA, Francisco: *Introducción a la Historia gremial y social del Paraguay*, Asunción, R. P., 1987, vol. II, p. 38.
- 2 RODRÍGUEZ ALCALÁ, Hugo: *Augusto Roa Bastos*, Asunción, Intercontinental-Ñandutí, 1990, p. 91.
- 3 AMARAL, Raúl: «El novecentismo paraguayo», en *Comentario*, n° 61, Buenos Aires, julio-agosto 1968.
- 4 Vid. MARCOS, Juan Manuel: «El problema de la historia en Barrett», *Estudios Paraguayos*, vol. IV, Asunción, 1976, p. 171.
- 5 RAÚL, R.: «El novecentismo paraguayo», art. cit., p. 15.
- 6 BARRETT, Rafael: «En torno al libro del doctor Báez», *Revista del Instituto Paraguayo*, Asunción, 1907, n° 56, p. 338.
- 7 BARRETT, Rafael: «El obrero», *Obras Completas*, Asunción, R.P.-I.C.I., 1988-90, Cuatro tomos, vol. I, p. 99.
- 8 BARRETT, Rafael: «En torno al libro del doctor Báez», art. cit., p. 338.
- 9 BARRETT, Rafael: «La Revolución de 1904», en *El Tiempo*, Buenos Aires, 22 de noviembre de 1904.
- 10 BARRETT, Rafael: «En la estancia», *Obras completas*, op. cit., vol. I, p. 44.

- 11 BARRETT, Rafael: «Verdades amargas», *Obras Completas*, op. cit., p. 86.
- 12 Ibídem.
- 13 BARRETT, Rafael: «La historia y el éxito», *Obras Completas*, op. cit., vol. III, p. 83.
- 14 BARRETT, Rafael: «Los trofeos», *Obras Completas*, op. cit., vol. I, p. 118.
- 15 BARRETT, Rafael: «Razas inferiores», *Obras Completas*, op. cit., vol. II, p. 515.
- 16 BARRETT, Rafael: «Cartas inocentes», *Obras Completas*, op. cit., vol. III, p. 289.
- 17 ROA BASTOS, Augusto: Prólogo a *El Dolor Paraguayo* de Rafael Barrett, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. XII.
- 18 GAONA, Francisco: *Introducción a la Historia social y gremial del Paraguay*, op. cit., vol. II, p. 44.
- 19 ROA BASTOS, Augusto: Prólogo a *El Dolor Paraguayo*, op. cit., p. XXIX.
- 20 PLÁ, Josefina: «La narrativa en el Paraguay de 1900 a la fecha», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 231. Madrid, marzo de 1969, p. 641.
- 21 BARRETT, Rafael: «El tormento», *Obras Completas*, op. cit., vol. I, p. 116.
- 22 BARRETT, Rafael: «El botín», *Obras Completas*, op. cit., vol. II, p. 22.
- 23 BARRETT, Rafael: «El ambiente», *Obras Completas*, op. cit., vol. IV, p. 223.
- 24 BARRETT, Rafael: «En defensa del Paraguay», en *La Evolución*, Asunción, 16 de abril de 1909.
- 25 BARRETT, Rafael: «La cuestión social», *Obras Completas*, op. cit., vol. II, p. 253.
- 26 BARRETT, Rafael: «La amnistía», en *El Nacional*, Asunción, 18 de abril de 1910.
- 27 Vid. BARRETT, Rafael: «Los niños se mueren», en *El Nacional*, Asunción, 19 de abril de 1910.
- 28 BARRETT, Rafael: «Asesinos cristianos», en *El Nacional*, Asunción, 15 de julio de 1910.
- 29 BARRETT, Rafael: «Los verdugos del país», en *El Nacional*, Asunción, 24 de junio de 1910.
- 30 Vid. BARRETT, Rafael: *Obras Completas*, op. cit., vol. I, pp. 76 a 78.
- 31 ROA BASTOS, Augusto: Prólogo a *El Dolor Paraguayo*, op. cit., p. XVIII.
- 32 BARRETT, Rafael: «No mintais», *Obras Completas*, op. cit., vol. I, p. 142.
- 33 BARRETT, Rafael: «Intelectual», *Obras Completas*, op. cit., vol. II, p. 104.
- 34 Cfr. JOLL, James: *Los anarquistas*, Barcelona, Grijalbo, 1975, p. 163.
- 35 Cfr. WOODCOCK, George: «El anarquismo en América latina y en el norte de Europa», recogido por Irving Louis Horowitz en *Los anarquistas*, Madrid, Alianza, 1975, vol. 2, p. 113.
- 36 Cfr. DUARTE, Ciriaco: *El sindicalismo libre en el Paraguay*, Asunción, R. P., 1987, p. 163.
- 37 Cfr. ÁLVAREZ JUNCO, José: «El anarquismo en España», Apéndice al libro de Irving Louis Horowitz, *Los anarquistas*, op. cit., vol. 2, p. 269.
- 38 Vid. DUARTE, Ciriaco: *El sindicalismo libre en el Paraguay*, op. cit., p. 240.
- 39 BARRETT, Rafael: «No mintais», *Obras Completas*, op. cit., vol. I, p. 142.

- 40 DÍAZ-PÉREZ, Viriato: «El recuerdo de Rafael Barrett», *Nuestra América*, Año IV, Tomo V, Buenos Aires, febrero 1922, p. 47.
- 41 GAONA, Francisco: Introducción a la historia gremial y social del Paraguay, op. cit., vol. II, pp. 49 y 50.